

EDITORIAL

La Arquitectura es, ante todo, el cumplimiento de una función social con auxilio de una técnica y con arreglo a las normas de las bellas artes. Tres aspectos de una sola función y con un solo destinatario: el hombre.

Entre los cinco gravísimos problemas que sufre la humanidad (alimentación, vestido, vivienda, salud y enseñanza), a nosotros, arquitectos, nos corresponde el ineludible deber e irrenunciable derecho de colaborar, como piedra angular, en la resolución del tercero.

Somos plenamente conscientes de que la responsabilidad del arquitecto no ha terminado en la exactitud de unos cálculos ni en el empleo correcto de las técnicas de construcción. Importantísimo, pero no absoluto. Aún hay más: la responsabilidad que, como clase, nos alcanza en el sufrimiento de millones y millones de personas que carecen de vivienda digna, habitan ciudades absurdas o trabajan en edificios imposibles.

Ningún problema dependerá jamás sólo de soluciones exclusivamente técnicas. Es preciso que se produzcan al mismo tiempo un conjunto de condiciones sociales y económicas. Pero es siempre posible que una falta en el desarrollo tecnológico haga, en exclusiva, el que perdure un estado de necesidad que de otra manera habría desaparecido.

Hoy no somos los únicos responsables de la falta de viviendas. Pero deberíamos meditar hasta qué punto podremos llegar a ser los primeros... o podríamos dejar de serlo.

Se ha celebrado muy recientemente, en España la reunión periódica de trabajo del Comité de Vivienda Social de la F.I.H.U.A.T. Tema: industrialización en las construcciones de viviendas.

Veinte expertos de distintos países constataban que en ningún lugar del mundo existen aún técnicas suficientemente desarrolladas que permitan el grado de eficacia plena, calidad controlada, alto rendimiento y rapidez de producción que se consiguen en cualquier otra industria. Estamos aún, con palabra ajena, en el período "paleotécnico".

Cuando comparamos los avances que los demás sectores han experimentado continuamente con el de la edificación, quedamos totalmente perplejos y decepcionados. La energía, transporte, medios de comunicación, productos químicos, artes bélicas de hoy no tienen, prácticamente, nada en común con lo que fueron a principios de siglo. Mientras, nosotros, en la construcción, seguimos empleando algunas técnicas ancestrales, inclusive de origen babilónico, precisamente porque no han sido todavía sustituidas con ventaja. No existe aún la normalización ni la coordinación dimensional medianamente satisfactorias en la mayoría de las técnicas o materiales de edificación. La racionalización del trabajo está en sus comienzos. Asuntos que, en su mayoría, son más consecuencia de la buena organización que de la riqueza económica del país.

No somos los únicos responsables. Si la técnica no ha evolucionado, tampoco existe la concentración empresarial necesaria ni el desarrollo mental y sociológico imprescindibles. La sociedad que nos incluye está obsesionada en la producción de objetos de consumo por el sistema de cadena continua: vehículos, electrodomésticos, tejidos... Mercancías relativamente manejables, para las que se fuerza una amplia demanda gracias a la propaganda, que asimismo es hija de una poderosa concentración industrial. La vivienda es demasiado grande, demasiado pesada o demasiado fija al suelo para llevarse a una cadena continua; la producen empresas con capitales ridículos, incluso artesanales, y tiene el mercado totalmente desabastecido en todo el mundo.

Fallan también otros factores previos e imprescindibles. De las épocas en que el arquitecto era exclusivamente requerido por los estamentos privilegiados de la sociedad para que crease obras de un preferente carácter monumental, hemos llegado al día en que se trabaja, casi en exclusiva, para el gran público, el hombre medio, el cliente anónimo, con el cual no tenemos contacto directo, pues ni siquiera nos encarga los trabajos o nos facilita una opinión sobre nuestra obra.

Trabajamos para un cliente que jamás llegamos a conocer personalmente, y que, posiblemente, tampoco conozcamos genéricamente. ¿Qué estudios sociológicos están a disposición del arquitecto? ¿Qué encuestas de satisfacción, uso o necesidad se han realizado? En la totalidad de los casos nos vemos obligados a suponer el modo de vida del usuario, con un grave peligro: todos los hombres tenemos la ignorada tendencia a creer que nuestra forma de vida, nuestro sistema de ideas, es absolutamente prototípico. Nosotros, seres normales, trabajamos para seres normales que, por tanto, deben pensar y vivir como nosotros lo haríamos, en las condiciones que suponemos existen. Nuestra personalidad queda proyectada adjudicando al cliente desconocido unas características que nunca son exactas. Muchas veces ni siquiera aproximadas.

Los arquitectos hemos reaccionado a tiempo ante tales peligros. Estamos viendo, desde hace años, cómo la U.I.A., organismo internacional de la profesión, viene dedicando una gran parte de sus esfuerzos y trabajos al estudio de los factores culturales y necesidades psicosociales de nuestro anónimo, pero definitivamente importante, cliente desconocido.

Hoy, además, tenemos un verdadero motivo de felicitación. En este mismo campo, y dentro de nuestra patria, acaba de nacer una nueva fundación, hija del esfuerzo, la inteligencia, la fe y la invencible vocación de un arquitecto español: la Institución Rafael Leoz para la investigación de la Arquitectura social es un claro ejemplo de lo que puede conseguir el arquitecto cuando posee el conocimiento claro de su compromiso social.